

ticados por mano de los druidas, se habían hecho instituciones públicas y legales, yendo al suplicio inocentes cuando no había culpados. Algunos llenaban de hombres vivos ciertas estatuas colosales de sus dioses, cubríanlas de ramas flexibles y pegándolas fuego morían los nombres rodeados de llamas (1). » Estos sacrificios duraron en la Galia, como en las demás partes, hasta el Cristianismo, porque en ninguna parte cesaron sin él, ni á él jamás resistieron.

Habían llegado al punto de creer que no se podía suplicar por una cabeza mas que á precio de otra (2). Y ni aun esto era bastante. Así como se encuentran y deben encontrarse todas las verdades en el paganismo; pero en estado de *putrefacción*, la teoría tan consoladora como innegable del *sufragio* católico, se muestra en medio de las tinieblas de la antigüedad bajo la forma de una superstición sanguinaria; y así como todo sacrificio real, toda acción meritoria, toda maceración, todo padecimiento voluntario puede ser verdaderamente *cedido* á los muertos, el politeísmo brutalmente extraviado por algunas reminiscencias vagas y corrompidas derramaba la sangre humana para *apacar á los manes*: se degollaban prisioneros sobre las sepulturas, y si estos faltaban, venían los gladiadores á verter su sangre. Á estos se les dió el nombre de *bustiarios*, como si dijésemos *pirarios*, porque derramaban su sangre al rededor de las piras. En fin, si faltaba la sangre de estos infelices y la de los prisioneros, venían mujeres, á pesar de la prohibición de las XII Tablas (3) á lacerarse las mejillas, « á fin de dar á las piras » una imagen á lo ménos de los sacrificios y « satisfacer á los dioses infernales, como decía » Varron, enseñándoles sangre (4). »

¿Necesitaré nombrar á los Tirios, Fenicios, Cartagineses y Cananeos? ¿recordaré que Atenas en sus mas bellos dias practicaba sacrificios todos los años? ¿que Roma en peligros urgentes inmolaba Galos (5)? ¿Quién ignora esto? Inútil, pues, sería recordar el uso de sacrificar enemigos, y aun oficiales y criados sobre la tumba de los reyes ó grandes capitanes.

Cuando llegamos á América á fines del siglo xv encontramos la misma creencia, pero mucho mas feroz. Era necesario presentar á los sacerdotes mejicanos hasta veinte mil víctimas humanas cada año, y para procurárselas, declarar la guerra á un pueblo cualquiera: en caso de necesidad, los Mejicanos inmolaban á sus propios hijos. El sacrificador abría el vientre

(1) De B. gall. VI, 16.

(2) *Præceptum est, ut pro capitibus, capitibus supplicentur; idque aliquandiu observatum, ut pro familiarum hospitale pueri mactarentur Mania dea, matri Larum.* Macrob., Saturn. I, 7.

(3) *Mulieres genas ne radunto*, XII Tab.

(4) *Ut rogis illa imago restitueretur; vel quemadmodum Varro loquitur, ut sanguine ostenso inferis satisfiat.* JON. ROSINI, Rom. antiq.

(5) Porque los Galos eran para los Romanos el *hostis*, y por consiguiente la *hostia* natural.

de las víctimas y arrancaba el corazón palpitante todavía; el gran sacerdote exprimía la sangre en la boca del ídolo y todos los sacerdotes comían la carne de las víctimas. Solís nos conservó un monumento de la horrible buena fe de aquellos pueblos, en el discurso de Magiscatzin á Cortés cuando estaba en Tlascala. *No podían, dice, formarse idea de un verdadero sacrificio si alguno no moría por la salud de los otros* (1). En el Perú los padres sacrificaban hasta su prole (2). En suma, este furor y el de la antropofagia dieron la vuelta al mundo y deshonraron ambos continentes.

¿Hoy mismo, á pesar de nuestras armas y ciencias, hemos podido desterrar de la India la funesta preocupación de los sacrificios humanos? ¿Qué dice la ley antigua del país, el evangelio del Indostan? *El sacrificio de un hombre lleno de alegría á la Divinidad por mil años y el de tres hombres por tres mil* (3).

Sé que en tiempos mas ó ménos posteriores á la ley la humanidad, quizá mas fuerte que la preocupación, permitió sustituir la víctima humana con la figura de un hombre de manteca ó pasta; pero los sacrificios efectivos duraron siglos, y el de las mujeres á la muerte de los maridos subsiste aun hoy día (4). La mujer ántes de arrojar al fuego (5) invoca á los dioses, á los elementos, al alma y la conciencia (6), y exclama: *Oh conciencia mia, sé testigo de que yo voy á seguir á mi esposo*, y abrazando su cadáver entre las llamas exclama: *Satya, satya, satya*, esto es, verdad. El hijo ó el pariente mas próximo da fuego á la pira (7). Cuántos y cuán atroces son estos sacrificios todos los años, nadie lo ignora (8).

En algunas provincias de aquel vasto continente, y entre las clases inferiores del pueblo hacen muy comunmente el voto de matarse voluntariamente cuando impetran alguna gracia del ídolo del lugar. Los que la obtienen se arrojan de un sitio llamado *Caladhairava* en las montañas entre los rios Tapti ó Nermada. La feria que allí se celebra anualmente ve cada vez ocho ó diez de estos sacrificios ordenados por la superstición (9). Cada vez que una India pare dos gemelos, debe sacrificar uno á la diosa Gonza (10), arrojándolo en el Ganges: tambien

(1) *Cong. de la Nueva España*, III, 3.

(2) De ello hay noticia exacta en las *Cartas americana* de Carli.

(3) Véase el *Rudhira-hyaya*, ó capítulo sangriento del *Calica-Purana*.

(4) Dijimos ya que aun hoy día duran los sacrificios humanos, por ejemplo: en la fiesta de Jagrenat. C.)

(5) Esta costumbre no es solo particular de la India, sino que se halla hasta en el Norte. HEROD. V, 1, XI; BROTHIER, sobre Tácito. *De mor. Germ.* XIX, nota 6; y respecto de América CARLI, Carta X.

(6) La conciencia! Quién sabe lo que vale esta persuasión en el tribunal del juez infalible « que tan dulce es para todos » los hombres, y que derrama su misericordia sobre todas las criaturas, como la lluvia sobre las plantas!

(7) *Asiat. Research*, VII, 222.

(8) Véase nuestra Narración, lib. II, c. 10.

(9) *Asiat. Research*, V, 267.

(10) Probablemente hay que leer la diosa Ganga, esto es, el Ganges. C.)

se sacrifican algunas mujeres todos los años á la misma diosa.

En esta India tan ponderada « la ley permite al hijo arrojar al agua al padre anciano incapacitado de ganar su propio sustento por el trabajo; la viuda jóven se ve obligada á quemarse en la hoguera de su marido; se ofrecen sacrificios humanos para aplacar al genio de la destrucción, y la mujer que por algun tiempo fué estéril, consagra al dios el infante que arrojó al mundo, ya dejándolo expuesto á las aves de rapiña, ó á las fieras, ó bien abandonándolo á la corriente del Ganges. La mayor parte de estas crueldades fueron solemnemente cometidas en presencia de Europeos en la última fiesta indostana que se dió en la isla de Sanzor en diciembre de 1801 (1). »

Acude á los labios la pregunta cómo pudieron los Ingleses, dueños absolutos de aquellos países, ver tales horrores sin reprimirlos. Quizá lloran sobre las hogueras, y si es así, ¿por qué no las apagan? « Rigurosas providencias, terribles ejecuciones, fueron puestas en práctica por el gobierno; pero solo para aumentar ó defender su poder y nunca para destruir estas horribles costumbres. Diríase que el hielo de la filosofía apagó en sus corazones la sed de órden, que obra los mayores cambios, á despecho de los mayores obstáculos, ó bien que el despotismo de las naciones libres, que es el mas terrible de todos, desprecia demasiado á sus esclavos para tomarse el trabajo de hacerlos mejores. »

Paréceme, sin embargo, que puede hacerse una suposición mas honrosa, y es que hay absoluta imposibilidad de vencer esta obstinada preocupación de los Indios, y que queriendo abolir por autoridad estos usos atroces, se conseguiría tan solo comprometerla sin provecho para la humanidad (2).

Por otra parte, un gran problema se presenta á mi consideración: ¿estos sacrificios que tan justo horror despiertan en nuestro ánimo, no serán quizá *buenos* ó á lo ménos necesarios á la India? ¿Por medio de esta institucion la vida de un esposo no se encuentra bajo la incorruptible custodia de sus mujeres? ¿En países turbulentos, do reina la venganza y se cometen delitos bajos y tenebrosos, qué sucedería si las mujeres no tuviesen nada que perder con la muerte del marido, y si tan solo se las vedase el derecho de adquirir otro? ¿Creerémos que los antiguos legisladores, hombres todos prodigiosos, no tuvieron en aquellos países especiales y poderosas razones para establecer seme-

1) *Gaceta de Francia*, 19 de junio de 1801.

(2) Sería, sin embargo, injusto el disimular que en los países de la India sujetos á los Portugueses las hogueras de las viudas desaparecieron, tanta es la fuerza admirable de la verdadera ley de Gracia; pero Inglaterra que deja quemar á millares las mujeres inocentes bajo su imperio, suave por cierto y humano, vitupera seriamente á los Portugueses los decretos de su inquisición, esto es, algun poco de sangre que de tarde en tarde ha derramado la ley. *Ejice primo trabem, etc.*

jantes usos? ¿Creerémos que todos ellos hayan podido establecerse por medios puramente humanos? Todas las antiguas legislaciones desprecian á las mujeres, las degradan, encadenan y maltratan mas ó ménos. « La mujer (dice la ley de Manú) está protegida por su padre en la infancia; por el marido en la juventud, por el hijo en la vejez; pero no se halla nunca en estado de completa independencia. La indomable fuerza del temperamento, la inconstancia del carácter, la ausencia de todo afecto permanente, la perversidad natural de las mujeres, á pesar de cuantas precauciones puedan imaginarse, no dejarán de separarlas pronto de los maridos. » Platon quiere que las leyes no pierdan de vista á las mujeres, ni un solo instante, « porque si este punto no está bien ordenado, ellas dejan de ser la mitad del género humano, y son tantas veces la mitad mas cuantas veces ménos virtud tienen que nosotros (1). »

¿Quién no conoce la casi increíble servidumbre de las mujeres en Atenas, en donde estaban sometidas á interminable tutela; en donde á la muerte de un padre, que dejase solo una hija casada, el pariente mas próximo de nombre tenia derecho de arrancarla al marido y hacerla su mujer; en donde un marido podría dejar la suya, como parte de su propiedad á cualquier individuo que quisiese elegirse sucesor, etc. (2)?

¿Quién no conoce tambien la dureza de la ley romana para con ellas? Diríase que respecto al *segundo sexo*, los institutores de las naciones salieron todos de la escuela de Hipócrates, quien lo creía perverso en su esencia. « La mujer, dice, es mala por naturaleza; cada dia debe reprimirse su inclinacion; porque si no, produce otras nuevas en todos sentidos, como los renuevos de un árbol. Si el marido está ausente, no bastan parientes para custodiarla; necesitase un amigo, cuyo celo no esté cegado por el afecto (3). »

En suma, todas las legislaciones tomaron precauciones mas ó ménos severas contra las mujeres; aun hoy día son esclavas bajo el Coran y animales de carga entre los salvajes: solo el Evangelio pudo elevarlas al nivel del hombre, haciéndolas mejores; solo él pudo proclamar los *derechos de la mujer* despues de haberlos hecho nacer y hacerlos nacer con solo establecerlos en su corazón, instrumento el mas activo y poderoso para el bien y para el mal. Apagad, debilitad tan solo en un país cristiano la influencia de la ley divina, dejando subsistir la libertad que de ella se deriva para las mu-

(1) *Ὅσα δὲ ἡ θήλεια ἡμῶν φύσις ἐστὶ πρὸς ἀρεθῶν γέρον τῆς ἀρρένων, τοσούτω διαφέρει πρὸς τὸ πλεόν ἢ ὑπελάστων ἐναι.* De leg. VI.

(2) La madre de Demóstenes fué dejada así, y la fórmula de tal disposición nos fué conservada en el discurso contra Estéfano. Véanse los *Comentarios sobre la arenga de Isco* par Jones.

(3) *Ἐχει γὰρ φύσει τὸ ἀκολάστερον ἐν ἐαντιῇ.*

¡Ved aquí al hombre *natural!* y no porque él no lleve consigo los gérmenes inextinguibles de la verdad y de la virtud; los derechos de su nacimiento son imprescriptibles; pero sin una fecundación divina estos gérmenes no florecen nunca ó no producen mas que seres anfibios y malignos.

¡Ved aquí al hombre *natural!* y no porque él no lleve consigo los gérmenes inextinguibles de la verdad y de la virtud; los derechos de su nacimiento son imprescriptibles; pero sin una fecundación divina estos gérmenes no florecen nunca ó no producen mas que seres anfibios y malignos.

Un Turco ó un Persa que asista á un baile europeo, cree soñar y nada comprende de esas mujeres compañeras de un esposo, reinas en todas partes, libres sin deshonra, fieles sin vínculos y que jamás deben la virtud al temor. Estos ignoran la ley que hace posible este consorcio á tal punto que aun la mujer que de ella se separa la debe no obstante su libertad.

Si pudiese haber en este hecho un *mas* y un *ménos*, diría que las mujeres son mas deudas que nosotros al Cristianismo. La antipatía que él tiene á la esclavitud (y la destruirá sin remedio en cualquier parte donde obre libremente) dirígese principalmente á lo que las concierne, y sabiendo cuán fácil es inspirar el vicio, quiere á lo ménos que nadie tenga derecho para ordenarlo (1).

En fin, ningún legislador debe olvidar esta máxima: *Antes de borrar el Evangelio es necesario encarcelar á las mujeres* ó oprimirlas con leyes espantosas como las de la India. Fué con frecuencia celebrada la *manseaumbre* de los Indios; pero no nos hagamos ilusiones, fuera de la ley que dice *felices los mansos* no hay hombre manso: pueden ser débiles, tímidos, astutos, pero mansos no. El astuto puede ser cruel, y lo es á menudo, el manso no lo es jamás. La India es de ello un ejemplo palpable: sin hablar de las atrocidades supersticiosas que he citado, ¿qué tierra del mundo ha visto peores crueldades?

Pero nosotros que temblamos á la sola idea de los sacrificios humanos y de la antropofagia, ¿cómo podemos ser tan ciegos é ingratos que no reconozcamos que somos deudores de tales sentimientos á la ley de amor que veló por nosotros al lado de nuestra cuna? Una nación ilustre que había llegado al último grado de civilización y urbanidad, se atrevió, en un exceso de inaudito delirio, á suspender formalmente esta ley; mas ¿qué es lo que vimos? En un abrir y cerrar de ojos las costumbres de los Iroqueses y Algonquinos; holladas las santas leyes de la humanidad, clorrear de los patibulos que cubrían la Francia sangre inocente, hombres que peinaban y empolvaban cráneos ensangrentados, y hasta la boca de las mujeres contaminada de sangre humana.

(1) Obsérvese que si el Cristianismo protege á la mujer, esta por su parte tiene el derecho de proteger la ley, y es su protectora de un modo muy digno de atención. Hasta se ha intentado creer que esta influencia proviene de alguna causa secreta ó alguna ley natural. Vemos anunciada desde el principio de las cosas la salud viniendo de una mujer: en toda la historia evangélica tienen las mujeres una parte importante; en todas las célebres conquistas del Cristianismo hechas sobre individuos ó naciones, se ve figurar á una mujer. Así debe ser, atento que... pero esta nota se haría demasiado larga.

¡Ved aquí al hombre *natural!* y no porque él no lleve consigo los gérmenes inextinguibles de la verdad y de la virtud; los derechos de su nacimiento son imprescriptibles; pero sin una fecundación divina estos gérmenes no florecen nunca ó no producen mas que seres anfibios y malignos.

¡Ved aquí al hombre *natural!* y no porque él no lleve consigo los gérmenes inextinguibles de la verdad y de la virtud; los derechos de su nacimiento son imprescriptibles; pero sin una fecundación divina estos gérmenes no florecen nunca ó no producen mas que seres anfibios y malignos.

¡Ved aquí al hombre *natural!* y no porque él no lleve consigo los gérmenes inextinguibles de la verdad y de la virtud; los derechos de su nacimiento son imprescriptibles; pero sin una fecundación divina estos gérmenes no florecen nunca ó no producen mas que seres anfibios y malignos.

Tantos males puede aconsejar la religión!

Pero como todo todos sus sucesores, infinitamente ménos disculpables que él, solo veía los abusos. Ignoraba que el de los sacrificios humanos, con ser tan enorme, es nada comparado con los males que produce la absoluta impiedad. Ignoraba ó no quería ver que no hay ni puede haber religión del todo falsa; que la de todas las naciones civilizadas, tal como era cuando él escribía, era no obstante el fundamento del edificio político, y que los dogmas de Epicuro socabándola, estuvieron á punto de derribar del mismo golpe la antigua constitución de Roma, para sustituirla una atroz é interminable tiranía.

Nosotros, afortunados poseedores de la verdad, no cometemos el delito sin conocerlo. Bien quiso Dios disimular durante cuarenta siglos (1); pero desde que principiaron nuevos siglos para el hombre, este delito no tendrá ya excusa. Reflexionando sobre los males producidos por las falsas religiones, bendecimos, abrazamos con transporte la verdadera, que explicó y justificó el instinto religioso del género humano, separó este sentimiento universal de los errores y de los delitos que los deshonran, y renovó la faz de la tierra:

Tantos males puede enmendar la religión.

Esto poco mas ó ménos puede decirse, si no me engaño, sin aventurarse demasiado, sobre el recóndito principio de los sacrificios, y especialmente de los sacrificios humanos que deshonraron toda nuestra especie, creyendo que no será inútil mostrar de qué manera la filosofía moderna consideró el mismo asunto.

La idea vulgar que ante todo se presenta á la mente, y que precede visiblemente á la reflexión, es la de un homenaje, de una especie de don que presentamos á la Divinidad. « Los dioses son nuestros bienhechores, por lo tanto

(1) *Et tempora quidem hujus ignorantia despiciens* (ὕπερ ῥῶν). *Dens. Act. XVI, 30.*

natural es ofrecerles las primicias que de ellos hemos adquirido; » hé aquí de dónde preceden las antiguas libaciones y aquellas ofertas de primicias que inauguraban la comida (1).

Heyne explicando el verso de Homero:

Las primicias de la comida al fuego arroja (2),

encuentra en esta costumbre el origen de los sacrificios. « Los antiguos, dice, ofreciendo á los dioses una parte de sus alimentos, debieron comprender en ellos la carne de animales, y el sacrificio mirado bajo este aspecto nada tiene de repugnante (3). »

Estas últimas palabras (sea dicho de paso) prueban que aquel ilustre escritor veía confusamente en la idea general del sacrificio algo mas profundo que la simple ofrenda, y que bajo este otro punto de vista le repugnaba.

Verdaderamente, no trata tan solo de un presente, de una ofrenda de primicias, en suma, de un simple acto de homenaje y de reconocimiento, acto ligo, digámoslo así, á la soberana Dignidad, porque en tal supuesto los hombres hubieran mandado al matadero por las carnes que habían de ofrecer sobre los altares, limitándose á repetir en público y con la pompa conveniente esta misma ceremonia con que empezaban las comidas domésticas.

Trátase de sangre; trátase de explicar cómo los hombres de todos tiempos y lugares pudieron convenir en la creencia de que, no en el ofrecimiento de las carnes (notése bien esto), sino en la *efusión de la sangre*, había una virtud expiadora útil al hombre. Aquí está el problema que no se resuelve á primera vista (4).

No solo no fueron los sacrificios una sencilla extensión de las *aparcas* ó del ofrecimiento de las primicias quemadas al principio de la comida, sino que las mismas *aparcas* no fueron

(1) Esta porción de alimento, separada y quemada en honor de los dioses, llamábase por los antiguos ἀπαρχή; y la acción de ofrecerla se expresaba con el verbo ἀπαρχεσθαι ó sea *comenzar* por excelencia.

(2) Ὁ θεὸς ἐν πυρὶ βάλλει θυήλας. *Il. XI, 230; Odis. XIV, 436.*

(3) « Apparet (religiosum hunc ritum) peperisse sacrificio- rum morem, quippe quæ ex epulis domesticis ortum duxerunt, quum cibi vescendi pars ressecta pro primitiis offerretur diis in focum conjicienda, hoc est τὸ ἀπαρχεσθαι; nec est quod hic mos religiosus displiceat. » No me maravilla esta explicación de Heyne, porque en general la escuela protestante no gusta de las ideas que salen del círculo material; desconfía de ellas sin distinción y parece condenarlas en masa como vanas y supersticiosas. Yo confieso sin rebozo que su doctrina puede ser útil á nosotros mismos, no como alimento, pero sí tal vez como remedio. Sin embargo, en este caso la creo falsa y me extraña que Bergier la haya adoptado. (*Traité hist. et dogm. de la vraie religion.* t. II, p. 303; t. VI, pág. 206). Este docto apologista veía muy bien, mas parece que aquí no miró.

(4) Los Persas, según dice Estrabon, se repartían la carne de las víctimas « sin reservar nada para los dioses (τοὺς θεοὺς οὐδὲν ἀπονέμναντες μένος), porque Dios solo necesita el alma (esto es, la sangre) de la víctima. Τῆς γὰρ ψυχῆς, φασί, τοῦ ἱεροῦ δεῖσας τὸν θεόν, ἄλλου δὲ οὐδενός. » *ESTRABON, lib. XV.* Este curioso texto refuta directamente las ideas de Heyne, y se halla perfectamente de acuerdo con las doctrinas hebraicas, según las cuales « la efusión de sangre constituye la esencia del sacrificio. »

evidentemente otra cosa mas que sacrificios *diminutos*, como podríamos trasportar nosotros á nuestras casas ciertas ceremonias religiosas practicadas con pública pompa en nuestras iglesias. Fácil es creerlo por poco que sobre ello se reflexione.

Hume en su *soez Historia natural de la religión* adopta esta misma idea de Heyne, envenenándola á su manera. « Un sacrificio, dice, es considerado como un don; así que para dar una cosa á Dios es necesario que se destruya para el hombre. Si se trata de un sólido, se quema; si de un líquido, se derrama; si de un animal, se mata. El hombre, á falta de otro medio mejor, se imagina que con hacerse daño á sí propio hace bien á Dios, ó cree á lo ménos probar de esta manera la sinceridad de los sentimientos de amor y adoración de que está animado: así nuestra devoción mercenaria se li-sonjea de engañar á Dios despues de haberse engañado á sí misma (1). »

Toda esta acrimonia no explica nada; antes, por el contrario, hace mas difícil el problema. Voltaire no dejó tambien de ejercitar su ingenio sobre este asunto, y tomando solamente como un dato la idea general del sacrificio, trató particularmente de los sacrificios humanos. « No se veían, dice, en los templos mas que tenazas, parrillas, asadores, cuchillos de cocina, largos tenedores de hierro, cucharas y cucharones (2), grandes artesas para poner la grasa, y todo cuanto puede inspirar disgusto y horror. Nada contribuyó tanto á perpetuar la dureza y atrocidad de las costumbres, que condujo *al fin* á los hombres á sacrificar á otros hombres y hasta á sus propios hijos; pero los sacrificios de la Inquisición fueron cien veces mas abominables. Nosotros sustituímos los verdugos á los carniceros (3). »

Seguramente Voltaire nunca había puesto el pié en un templo antiguo, ni el dibujo le dió jamás á conocer ninguno si creía que el templo propiamente dicho presentaba el aspecto de una carnicería ó una cocina: no reflexionaba por otra parte que estas parrillas, asadores, cucharas, cucharones, tenedores y otros terribles instrumentos son de moda aun hoy día como entónces, sin que jamás una madre de familia, ni tampoco las carniceras ni cocineras tengan la tentación de poner sus hijos al asador, ni arrojarlos en la olla. Cualquiera conoce que

(1) HUME'S, *Essays and treatises on several subjects. The natural history of Religion, Sec. IX.* En este pasaje, considerado como fórmula general, puede notarse uno de los caracteres mas señalados de la impiedad: el desprecio del hombre. Hija del orgullo, madre del orgullo, embriagada de orgullo, no respirando mas que orgullo, la impiedad no cesa de ultrajar á la naturaleza humana, desanimarla, degradarla y cuanto hizo y pensó el hombre mirarlo del modo mas humillante para él y mas propio para envilecerlo y desesperarlo. Así, sin advertirlo, hace resplandecer grandemente el carácter opuesto de la religión, lo cual continuamente se sirve de la humildad para elevar al hombre hasta Dios.

(2) Observación estúpida y preciosa, principalmente por su oportunidad.

(3) Nota XII, sobre la tragedia decrepita del *Minos*.

aquella especie de dureza que nace de la costumbre de derramar la sangre de los animales, y que, todo lo mas, puede favorecer algun delito, no conducirá jamas á la sistemática inmolation del hombre. Tampoco puede leerse sin extrañeza aquel *al fin*, como si los sacrificios humanos hubiesen sido el tardío resultado de los sacrificios de animales, que desde muchos siglos hubiesen venido usándose. Nada mas falso. Siempre y en todas partes donde el verdadero Dios no era conocido, se inmolaron hombres: los mas antiguos monumentos de la historia lo atestiguan, y la fábula nos añade su testimonio, que no debe despreciarse. ¡Para explicar, pues, tales fenómenos, se necesita algo mas que tenedores de cocina y cucharones!

Aquella conclusion sobre la Inquisicion parece escrita en un acceso de delirio. ¿Cómo? La ejecucion legal de pocos hombres, ordenada por un tribunal legitimo en virtud de una ley anterior solemnemente promulgada, y cuyas disposiciones cada víctima tenia entera libertad para evitar, ¿es cien veces mas abominable que el horrible crimen de un padre y de una madre que llevaban á su hijo á los brazos inflamados de Moloc? ¡Qué atroz delirio! ¡Qué olvido de toda razon, de toda justicia, de todo pudor! De tal modo lo arrastra la rabia antireligiosa, que al final de aquel bello apóstrofe no sabe ya lo que dice. Hemos sustituido los verdugos á los carníceros. ¿Creería acaso que solo habia hablado de los sacrificios de animales y olvidaba la frase anteriormente escrita sobre los sacrificios humanos? Si no es así, ¿en dónde está la oposicion entre el verdugo y el carnítero? Los antiguos sacerdotes que degollaban á sus semejantes con el hierro sagrado, ¿eran, pues, ménos verdugos que los jueces modernos que los mandan á la muerte en virtud de la ley?

Mas volviendo á lo principal, vemos que nada hay tan débil como la razon dada por Voltaire, bastando aquella sencilla conciencia que se llama *buen sentido* para demostrar que no hay en esta explicacion ni sombra tan siquiera de sagacidad, ni verdadero conocimiento del hombre y de la antigüedad.

Veamos, para concluir, cómo explica Condillac el origen de los sacrificios humanos en su pretendido *alivio* que por fortuna de un pueblo no quiso dejarse *aliviar*. « No contándose con dirigir á Dios votos y oraciones, creyeron deber ofrecerle las cosas que juzgaron le serian agradables, como frutas, animales y hombres (1). »

No diré que este pasaje sea digno de un niño, porque no hay niño ninguno, á Dios gracias, que sea bastante imbécil para escribirlo. ¡Qué execrable ligereza! ¡qué desprecio de nuestra pobre especie! ¡qué odioso acusador contra su instinto mas natural y sagrado! No me es posible expresar hasta qué punto subleva aquí Condillac mi conciencia y sentimiento: este es

(1) *Hist. anc.*, c. XII.

uno de los rasgos mas odiosos de este odioso escritor.

Teoría cristiana de los sacrificios.

¿Cuál es la verdad que no se encuentra en el paganismo?

Es cierto que tiene muchos dioses y señores en el cielo y en la tierra (1), y que nosotros debemos aspirar á granjearnos su amistad y favor (2); pero tambien es cierto que hay un solo Júpiter, dios supremo, dios principal (3), grandísimo (4), la mejor naturaleza, que aventaja á todas las demas aunque sean divinas (5); aquel, sea quien fuese, que nada tiene sobre sí (6); el Dios, no solamente Dios, sino enteramente Dios (7), el motor del universo (8), el padre, el rey, el emperador (9), el dios de los dioses y de los hombres (10), el padre omnipotente (11).

Verdad es tambien que Júpiter no podia ser adorado, cual debe serlo, sino con Pálas y Juno, porque el culto de estos tres poderes es por su naturaleza inseparable (12).

Es verdad que « si raciocinamos directamente respecto al Dios, cabeza de las cosas presentes y futuras, y con respecto al Señor, padre del que es cabeza y de la causa, lo veremos con tanta claridad como sea posible al hombre de mas claro talento (13). »

Es verdad que Platon, autor de las palabras que dejamos escritas, debe ser corregido con respeto cuando dice en otra parte: « Que así como el gran rey se halla en medio de todas las cosas y que todas ellas han sido hechas para él por ser el autor de todos los bienes, así el rey secundario se halla en medio de las cosas secundarias, el tercero entre las terciarias (14), etc., lo cual no debe escribirse de un modo mas claro, á fin de que si llega á extraviarse el escrito por cualquier accidente de mar ó tierra, el que lo halle no lo entienda (15). »

(1) SAN PABLO á los Cor. I; á los Tesal., II.
 (2) SAN AGUSTIN, *De civ. Dei*, VIII, 25.
 (3) *Ad cultum divinitatis obediendum, satis est nobis Deus primus*. ARNOB., *Adr. gent.* III.
 (4) *Deo, qui es maximus*. Inscripton de una lámpara antigua en Paseri. *Antig. de Herculano*, t. VIII, p. 265.
 (5) *Melior natura*. OVID. *Metam.* I, 21. — *Numen ubi est, ubi Di?* Id. *Her.* XII, 119. — *Πρός Διός καὶ θεῶν*. DEMÓSTR., *pro Cor.* — *Οἱ θεοὶ δὲ εἰσονται καὶ τὸ δαίμονιον*. Id. *De falsa legal.* 68.
 (6) *Deum summum, illud quidquid est summum*. PLIN. *Hist. nat.*, II, 4.
 (7) *Principem et maxime Deum*. LACT., *Etb. ad Statii Theb'* IV, 545.
 (8) *Rector orbis terrarum*. SÉN., *ap. Lact. Div. inst.*, I, 4.
 (9) *Imperator divum atque hominum*. PLAUT., in *Rud. prol.*
 (10) *Deorum omnium Deus*. SÉN., *ibid.* — *θεὸς ὁ θεῶν Ζεὺς*. PLAT. en *Crist.* — *Deus Deorum*. SALMO 87. — *Deus noster prae omnibus diis*. Id. 134. — *Deus magnus super omnes deos*. Id. 94. — *Επὶ παντὶ θεοῖς*. PEAT. ORIG. *passim*.
 (11) *Pater omnipotens*. VIRG. *En.*, 64; X, 2, etc.
 (12) *Jupiter sine contubernio conjugis filiique colit non solet*. LACT. *Div. inst.*
 (13) PLAT. *Epist VI, ad Herm. Erast. et Corisc.* Verdaderamente conociendo á uno ¿cómo no conocer al otro?
 (14) Id. *Ep. II, ad Dionys.*
 (15) Id. *ibid.*

Es verdad que Minerva salió del cerebro de Júpiter (1).

Tambien es verdad que primeramente Vénus (2) salió de las aguas, volviendo á ellas en tiempo del diluvio, cuando todo se convirtió en mar, y el mar no tenia límites (3); que se durmió en el fondo de las aguas (4); y si á esto se añade que salió de ellas otra vez bajo la figura de una paloma, que fué famosa en todo el Oriente (5), se verá que todo esto no es completamente falso.

Verdad es que cada hombre tiene su genio conductor é iniciador, que le guia al traves de los misterios de la vida (6).

Es cierto que Hércules no pudo subir al Olimpo y casarse con Hebe mas que despues de haber consumido por medio del fuego en el Monte Eta cuanto tenia de humano (7).

Que Neptuno rige los vientos y los mares y los sujeta (8).

Que los dioses se alimentan de néctar y ambrosía (9).

Que los héroes que han merecido bien de la humanidad, especialmente los fundadores y legisladores, tienen derecho para ser declarados dioses por el poder legitimo (10).

(1) *Eccli.* XXX, 3; *Telémaco*, lib. VIII.
 (2) Para conmemoracion de este nacimiento los antiguos habian establecido una ceremonia con el fin de atestiguar perpetuamente que todo crecimiento en los seres orgánicos proviene del agua. *Εξ ὕδατος παντὸς αἰσθητός*. Según los Vedas. « *Brama* (que es el espíritu de Dios) era llevado sobre las aguas, al principio de las cosas, dentro de una hoja de loto; y el poder sensible tomó origen de las aguas. »
 (3) *Omnia pontus erant, decreant quoque itora ponto*. OVID. *Metam.*
 (4) Véase la disertacion sobre el Monte Cáucaso por F. R. WILFORD, en las *Investigaciones asiáticas*, t. VII, p. 522.
 (5) No es, pues, extraño que los hombres conviniesen en reconocer á la paloma como ave de Vénus: en el paganismo nada hay falso, pero todo está corrompido.
 (6) *Μυσταγωγός τοῦ βίου αἰσθητός*. MEN. *ap. PLUT. De tranquill. animi*. — « Estos genios habitan la tierra por órden de Júpiter para ser los custodios benéficos de los infelices mortales. » HESIOPO; pero sin dejar de ver á aquel que los envió. MATT. XVIII, 10. — Así, pues, cuando « hemos cerrado la puerta y dejado las habitaciones en la oscuridad, acordémosnos de no decir nunca que estamos solos, porque Dios y nuestro ángel están con nosotros y para vernos no tienen necesidad de luz. » *Epilt.* en *ARA*, dis. I, 14, B.
 (7) ... Quocumque fuit populabile flammae Mulciber abstulerat; nec cognoscenda remansit Herculis effigies; nec quidquam ab origine ductum Matris habet; tantumque Jovis vestigia servat. OVID. *Mett.*, IX, 262.
 (8) Véase el notable *Quos ego...* de a Enéida I, y compárese con SAN MÁRCOS, IV, 39; SAN LUCAS, VIII, 24; SAN MATHEO, VIII, 26.
 (9) « Yo soy el ángel Rafael... Os pareció que yo comí y bebí con vosotros, mas yo me alimento con un manjar invisible y una bebida que los hombres no pueden ver. » *Tobias*, XII, 15, 19.
 (10) La canonizacion de un antiguo príncipe y la apoteosis de un héroe cristiano no difieren mas que como poderes negativos. Por un lado están el error y la corrupcion, por otro la verdad y la santidad; pero todo proviene del mismo principio, porque el error no puede ser mas que verdad corrompida, esto es, un pensamiento procedente de un principio inteligente mas ó ménos degradado, el cual, sin embargo, no podria obrar de otro modo que según su esencia, ó si se quiere, según sus ideas naturales é innatas. *Totum prope caelum aonae humano genere completum est!* CIC. *Tusc. Q.* I, 43. Es verdad: tal es su destino. No hay en ello nada ni mofa; pero ¿no deberia haber alguna distincion para los héroes?

Es verdad que cuando está enfermo un hombre, necesita encantar dulcemente el mal con palabras poderosas; pero sin dejar de emplear los medios de la medicina material (1).

Que la medicina y la adivinacion son parientes cercaños (2).

Que los dioses vinieron algunas veces á sentarse á la mesa de los hombres justos, y que otros han sido vistos en la tierra para explorar los pecados de los hombres (3).

Que las naciones y ciudades tienen patronos, y que en general Júpiter ejecuta muchas cosas aquí abajo por ministerio de los genios (4).

Que los mismos elementos que son imperios al par de los imperios, están presididos por ciertas divinidades (5).

Que los *principes de los pueblos* son llamados al consejo del Dios de Abraham, porque los dioses poderosos de la tierra son mas importantes de lo que se cree (6).

Pero tambien es verdad que « entre todos estos dioses no hay uno solo que pueda compararse con el Señor, y cuyas obras se acerquen á las suyas, porque el cielo no contiene nada que á él se parezca. Entre los hijos de Dios, Dios no tiene igual, y solo él obra milagros (7). »

(1) PINDARO, *Pylh.* III, 91.
 (2) *Ἰατρικὴ δὲ καὶ παντικὴ καὶ πάντο συγγενεῖς εἰσι*. HIPÓCRAT., *Ep. ad Philip.* — « Porque sin la ayuda de Esculapio, que aprendió del padre, los hombres nunca hubieran encontrado los remedios. » (Ib.) — « La medicina puso á los primeros inventores en el cielo y aun hoy día por todas partes se piden remedios á los oráculos. » PLIN., *Hist. N.* XXIX, I. — No debe causar admiracion porque « el Altísimo creó al médico y sana por medio de él... él produjo de la tierra lo que devuelve la salud... dió á conocer los remedios á los hombres y se sirve de ellos para mitigar los dolores, etc. » *Eccli.*, XXXVIII.
 (3) *Ἐὖνα γὰρ τοῖς δαίτες ἔσαν, ἕνοι δὲ δοῶσι*. *Αθανάτοις θεῶσι κατὰ θνητῶν, τ' ἀνηρότοις*. HESIOPO, *Gen.*, OVID., *Met.* I, 210.
 (4) *Constat omnes urbes in alienius dei esse tutela*. MACROBIO, *Sat.* II, 9. — *Di quibus imperium sterat*, etc. VIRG. — Está de acuerdo con HESIOPO, 13; DAN. X, 12, 20, 21; XII, 1. *Apoc.* VIII, 3; XIV, 18; XVI, 3; HEBR. *Dem. evang.*, prop. VII, n. 9; ACUST. *De civ. Dei*, VII, 30. Este dice que Dios ejerció su poder sobre los gentiles por medio de los ángeles; opinion fundada sobre muchos textos escriturales. « Pero algunos hombres de vulgar talento creen siempre que es quitarlo á Dios cuanto se da á sus ángeles y santos. » BOSSUET. *Prefacio sobre la explicacion del Apocalipsis*.
 (5) « Cuando veo en los Profetas, en el Apocalipsis y aun en el mismo evangelio, aquel ángel de los Persas, el de los Griegos, el de los Hebreos, de los niños, de las aguas, de Fuego... reconozco en esto una especie de mediacion de los ángeles y tal vez el fundamento sobre el cual pudieren los paganos haber distribuido sus divinidades en los elementos y en los reinos para presidir á ellos; porque todo error está fundado sobre una verdad de que se ha abusado » BOSSUET, *ibid.*, « y de la cual es una imitacion viciosa. » MASSILLON, *Ver. de la relig.*
 (6) *Quae pater ut summa vidit saturnius arce,* Ingemit, et referens feda convivia mense, Ingentes animo el dignas Jove concepit iras, Conciliumque vocat; tennit mora nulla vacatos. Dextra, levaeque deorum. Atria nobilium valvis celebrantur apertis... Ergo ubi marmoreo Superi sedere recessu, Celsior ipse loco... OVID. *Met.* II, 163.
 (7) *Principes populorum congregati sunt cum Deo Abraham; quoniam Dii fortes terrae vehementer elevati sunt*. SALM. XLVI. *Non est similis tui in diis, Domine, et non est secun-*